

las demas facultades de que se compone su naturaleza? No; lo que únicamente hace bueno y laudable es desarrollar los dones primitivos que ha recibido con la vida, auxiliados con otros dones de un órden superior que debemos á Jesucristo, y de los que Dios es el fin, así como es el principio. Vuelvo á decir que no confundamos el consejo con el precepto. Complacérase en ser olvidado de los hombres y en las humillaciones: recibirlas no solo con sumision, sino con alegría, ved aquí el consejo: dar á Dios lo que pertenece á Dios, y buscar su gloria mas bien que procurar la nuestra, ved aquí el precepto. ¿Y no está en el órden eterno de las cosas que la criatura viva dependiente de su Criador? ¿Cuántos desórdenes se evitarian en la tierra si se guardase fielmente este precepto! Por soberbia exige el hombre mas de lo que le es debido, y no corresponde con lo que debe. Por ella es duro en sus modales y en sus discursos, oprime al débil, y le irrita la oposicion mas legítima. La soberbia le hace ver virtudes en sus vicios, y vicios en las virtudes ajenas, ultrages enormes en las faltas mas leves; y mirar como enemigos á todos los que no le admiran. Por soberbia exige satisfacciones cuando él mismo deberia dar excusas; y se entrega por las

cosas mas frívolas á los arrebatos del odio y del furor. La soberbia le hace preferirse á sí mismo sobre todos, creerse humillado por el mérito ajeno, y aspirar al dominio, queriendo ser el único objeto de la fama, y presentándose á los ojos de sus semejantes como el ídolo á quien deben incensar. Por soberbia en fin, ni ve, ni ama, ni adora el hombre mas que á sí propio en este mundo, y se constituye él mismo su Dios. Pero la humildad hace que todo vuelva al órden, y que el hombre modere todas sus altivas pretensiones; por ella reconoce su dependencia, lo refiere todo á Dios como á su verdadero origen; y ved aquí el fundamento de toda virtud sólida. Los paganos combatian muy frecuentemente un vicio con otro vicio, y una pasion con otra pasion; pero sus intenciones no eran puras, y los esfuerzos de virtud de sus mayores sabios no eran mas que trofeos consagrados á su vanidad. „Yo desprecio el orgullo „de Platon, decia Diógenes.—Sí; pero movido „de otro orgullo, respondió Platon: La humildad, dijo el célebre autor de las *Máximas* (1), „es la verdadera prueba de las virtudes cristianas; sin ella conservamos todos nuestros de-

[1] La Rochefoucault, Maxime 365.

„fectos, y solo están encubiertos por la soberbia que los oculta á los demas, y á veces hasta á nosotros mismos.”

Instruido así el cristiano en la escuela de Jesucristo, no es idólatra de sí mismo, ni se engrie por su propio mérito; y á la verdad, si considera la flaqueza y los extravios de su entendimiento, las vergonzosas y bajas inclinaciones de su corazon, y las miserias y enfermedades de su cuerpo, no puede bajo de este punto de vista tenerse en mucho: ¿pero cómo no ha de tener altas ideas de su dignidad, y estimarse á sí mismo de un modo razonable, cuando, á la luz de la fe, en nada aprecia la tierra, cuando se eleva sobre todo el universo, y siente en el fondo de su alma grandes esperanzas de inmortalidad? Es cierto que no funda su última felicidad en los elogios de los hombres, cuya inconstancia é iniquidad reconocieron y deplo- raron los paganos mismos, y que sabe sobreponerse á opiniones vanas cuando el deber lo exige: ¿pero cómo podrá mirar con indiferencia la estimacion pública, estándole mandado cuidar de su reputacion, evitando todo lo que no sea honesto y laudable? *Curam habe de bono nomine* (1).

[1] Eccles. XLI, 15.

No por esto creamos que la humildad se oponga á la verdad, y que mande al sabio tenerse por ignorante, y al guerrero valiente por cobarde; no, nada de esto. Es ciertamente lícito al sabio tener una justa idea de sus conocimientos, y al guerrero la conviccion de su valor y proezas: lo que únicamente se exige de ellos es que hagan homenaje de estos dones á aquel de quien todo lo han recibido. La soberbia forma egoistas que reconcentran en sí mismos todos sus afectos; pero la humildad esplaya y engrandece el corazon, dirigiéndole hácia la Divinidad. Frecuentemente, señores, nos engañan las apariencias: se puede ser humilde entre el oro y la seda, ó en medio del brillo del talento y de la fortuna, como soberbio en la oscuridad de la ignorancia, y entre los andrajos de la miseria. San Luis, adornada su frente con todo el esplendor de la diadema, Tur- ena rodeado de los trofeos de sus victorias, y Bossuet en medio de los prodigios de su elocuencia mas que humana, pudieron ser verdaderamente humildes; y sin dejar de conocer todo lo grande y bello que practicaban, referir su gloria á aquel que es el origen de las luces así como de las virtudes, y de quien no eran mas que instrumentos.

Tampoco pensemos que la humildad se oponga á la magnanimidad, no: cuando olvidándose el hombre á sí mismo, coloca toda su confianza en solo Dios, entónces precisamente es cuando se hace fuerte y poderoso, y esta es la razon porque tantos santos personages humildes y oscuros como Vicente de Paul, han hecho cosas tan asombrosas á favor de la religion y de la humanidad. ¿Quién no conoce la conducta animosa de San Ambrosio? Huye por humildad de las grandezas humanas, y hace cuanto está en su mano para no ser elevado á la mitra de Milan; pero no tiembla en la presencia de los señores del mundo; y cuando Teodosio se presenta en el templo del Dios de paz, manchado aun con la sangre de los habitantes de Tesalónica, el nuevo David encuentra un nuevo Natan, y la sangre inocente un vengador en el mas humilde de los pontífices. Confesemos que la verdadera grandeza consiste en la humildad que no abate al hombre en la presencia de Dios sino para elevarle sobre las cosas humanas, y que la bajeza está en la soberbia que para prosperar se ve precisada á envilecerse y alimentarse de afrentas; que se aprecia tan poco á sí misma, que no se atreve á parecer tal como es, y que avergonzada de su defor-

midad, se oculta bajo del velo de la modestia. Pasemos á la acusacion de impracticable por su severidad que en general se hace á la moral evangélica.

Es tal, dicen, la severidad de la ley cristiana, que no solamente intenta arreglar las acciones y los discursos, sino tambien los deseos y pensamientos; y tal que por la mortificacion de los sentidos, del corazon y del entendimiento, y por la vigilancia continua que exige, pone siempre al hombre en guerra consigo mismo, y le agobia bajo de un yugo insoportable á su debilidad. Para contestar á los que hacen esta nueva imputacion á la moral cristiana, empecemos preguntándoles: ¿Quiénes son mas dignos de crédito, los que sin hacer esfuerzo alguno para practicarla se limitan á declararla impracticable, ó los que la han observado fielmente? habiendo tenido en todos tiempos fieles observadores, ¿cómo se dice que su observancia es imposible al hombre? Recorramos los anales de la Iglesia cristiana, y hallaremos que el Evangelio, fecundo siempre en virtudes, las ha hecho brotar y crecer hasta la mas perfecta madurez, en todos climas, entre todos los pueblos, y hasta en medio de la corrupcion mas profunda. Siempre ha contado adoradores ce-

losos en todas las clases y condiciones, en el bullicio del siglo, lo mismo que en la calma de la soledad; en medio de la licencia de los campos, como en los asilos de la piedad; entre la confusión de la vida pública, como en las dulzuras de la vida privada; y bajo de la púrpura y de la tiara, como bajo de los modestos vestidos de la mediocridad. No debemos juzgar del número de los verdaderos cristianos por solo el de aquellos cuya memoria nos ha conservado la historia.. ¡Cuántos habrá cuyas virtudes ménos brillantes, ó cuyos nombres mas oscuros no hayan llegado á nuestra noticia! y para un corto número que se haya libertado del olvido, y cuya gloria haya hecho brillar el cielo, ¡cuántos no nos serán hoy desconocidos que hayan servido de edificación en las ciudades y en los campos, y regocijado la tierra con el espectáculo de las virtudes mas puras!

No aleguemos que las circunstancias han variado, no; en todos tiempos ha habido el mismo Dios, el mismo Evangelio, las mismas tentaciones y los mismos combates. Siempre el mundo ha presentado á la vista de los mortales sus espectáculos y sus fiestas; siempre el deleite ha ofrecido sus blandas delicias, la ambicion sus aparentes grandezas, las riquezas sus goces ha-

lagüenos, y la gloria sus brillantes prestigios; siempre la primera edad ha tenido su inconstancia y sus caprichos, la juventud su fogosidad y sus arrebatos, la edad madura sus pensamientos sombríos y su inquieta prevision, y la vejez su mal humor y sus enfermedades. Si los cristianos virtuosos de otros tiempos han sido en cuanto á la naturaleza de sus inclinaciones lo mismo que nosotros somos hoy, y nosotros podemos por nuestros esfuerzos llegar á ser lo que ellos fueron.

¿Pero por qué hemos de subir á las primeras edades de la religion para encontrar virtudes verdaderamente cristianas? Desde que Jesucristo abrió el manantial de ellas, no ha dejado de correr hasta por entre los siglos mas impuros ó irreligiosos como el nuestro. ¿No conocemos nosotros mismos en nuestras propias familias, entre nuestros parientes ó amigos, cristianos dignos de este nombre, á quienes nos vemos precisados á rendir homenaje aunque no tengamos el valor de imitarlos? Su ejemplo confunde todos nuestros pretextos, y solo él basta para hacer la apología de los preceptos evangélicos.

Guardémonos de toda exageracion al juzgar de estos y al calcular su severidad; y no con-

fundamos el precepto con el consejo, el deber con la perfeccion, los defectos con los vicios, la fragilidad humana con la malicia meditada, ni las faltas ligeras con los pecados graves. Si debemos huir de aquella excesiva tolerancia que nada califica de malo, es preciso no incurrir tampoco en aquel rigorismo feroz que en todo ve crímenes. No nos engañemos representándonos la virtud cristiana bajo de formas espantosas, rodeada siempre de los instrumentos ensangrentados de la penitencia, ó habitando las rocas y las cavernas. Los caminos extraordinarios solo son para algunos: Jesucristo, modelo de toda perfeccion, observó por espacio de treinta años una vida sencilla y comun. La piedad no reside solamente en las soledades; tambien se encuentra fuera de los desiertos de la Tebaida ó de la Siria, y se puede ser verdadero cristiano sin ser un Pacomio ó un Hilarion. La virtud cristiana se halla en cuantos estados coloque al hombre la Providencia, siempre que en ellos cumpla con las obligaciones que impone; y acompañaba á San Luis sobre el trono lo mismo que á la humilde Genoveva en pos de su rebaño.

Yo convengo en que la ley cristiana quiere descender hasta lo interior de las almas para

arreglar sus deseos y sus pensamientos: pero ¿no es en esto mismo en lo que se muestra efectivamente divina? ¡Oh! ¡cuán digno es de aquel que juzga por la realidad, y no por apariencias apreciar al hombre por sus disposiciones interiores, y colocar en sus afectos el asiento de las virtudes y de los vicios! ¡Cuán profundamente conocia el corazon humano el que para cortar los vicios en su origen prohibió hasta el pensamiento voluntario y advertido sobre un objeto malo, diciendo (1): „No codiciarás!" *non concupisces!* Digamos pues, rindiendo homenaje á la verdad, que sola nuestra voluntad nos hace buenos ó malos en la presencia de Dios, y que si ante él jamas somos inocentes cuando el corazon es culpable, tampoco somos culpables cuando el corazon es inocente. Convengo tambien en que la práctica de las virtudes cristianas, como la de la mansedumbre, de la paciencia, del perdon de las injurias, de la pureza de costumbres, exige vigilancia, esfuerzos y combates. Sí señores, lo confieso; la ley del Evangelio es ley de sacrificios: ¿pero cómo no habia de serlo? Si procede de Dios, era preciso que mandase todo lo mas laudable, lo mas hermoso

[1] Exodo XX, 17. Roman. VII, 7.

y mas grande. ¿Y en dónde se halla la belleza moral, el mérito y la heroicidad de las acciones, sino en las victorias del hombre sobre sus inclinaciones, es decir, en los sacrificios? En esto la razon está perfectamente de acuerdo con el Evangelio. ¿Cuáles son en efecto las acciones que nos parecen dignas de elogios y que arrebatan nuestros homenajes y nuestra admiracion? ¿No son precisamente aquellas en que se ve al hombre luchar consigo mismo, y salir triunfante de un combate tan penoso? Nadie ignora que los paganos tenian por mas hermoso vencerse á sí mismos que ganar batallas. Decidme, ¿admirais acaso al jóven voluptoso que se abandona á los excesos de la lujuria; al pródigo que disipa locamente la herencia de sus padres, al vengativo que sacia cobardemente su odio, y al indolente que consume sus dias en una vergonzosa ociosidad? No, no admirais nada de eso; ¿y por qué? porque esto no exige ni trabajo, ni esfuerzos, ni combates; y porque no veis en ello mas que una indolente debilidad en seguir los impulsos de una naturaleza corrompida. Quien dice virtud, dice valor; y Juan Santiago dijo con fundamento que no hay virtud sin valor, y que la cobardia es el camino del vicio.

Tal es el sentimiento del género humano; y así lo confirman claramente los ejemplos mas memorables. Se admira entre los griegos á Sócrates tendido en el lecho de la muerte, tomando con mano firme la copa envenenada, y consolando á sus amigos afligidos con la serenidad de una alma dueña de sí misma: se admira entre los romanos á aquel Fabio que desprecia la imputacion de lento y pusilánime, y que sobreponiéndose á vanos clamores, destruye por su prudencia á un enemigo que no hubiera podido vencer por la fuerza. ¿Y qué hay de hermoso en todo esto? ¿No es cierto que no hallaríais en ello mérito alguno, si no descubrieseis un esfuerzo difícil y generoso, un sacrificio? Sócrates combatido por el natural amor á la vida, y por la obediencia que cree deber á las leyes que le condenan injustamente, muere contento y se sacrifica por obedecerlas; y Fabio dejándose tachar de débil y de cobarde, hace en cierto modo el sacrificio de su gloria por la salvacion de su patria. He elegido de intento estos ejemplos celebrados por los paganos mismos, para mejor haceros conocer que á juicio de todos los pueblos, aun de los mas corrompidos, no hay virtud sin sacrificios. Durante los disturbios que agitaron el reino en la menor edad de Luis

XIV un intrépido, un magnánimo magistrado, rivalizando en valor con el gran Condé se muestra tan tranquilo en la presencia de los faciosos que le amenazaban, como si estuviese sentado en su tribunal; y al quererle intimidar con el puñal asesino, responde: „No llega con tanta facilidad el puñal del malvado al corazón del hombre de bien.” ¿Y por qué nos conmueven y admiran semejantes rasgos, sino porque nos presentan al hombre como un héroe siempre armado contra el vicio, contra su misma debilidad, y siempre dispuesto á sacrificarlo todo excepto su deber? Y si me es permitido buscar ejemplos de sabiduría hasta en la escuela del vicio, ¿qué es lo que excita mas interes en los teatros, lo que conmueve y hace mas impresion en los espectadores? No es, lo sé sin haberlo visto, ni una felicidad continuada, ni un cobarde atentado, ni una virtud fácil, ni una condescendencia interesada; es mas bien un valor superior á todos los obstáculos y á todos los peligros, una clemencia mayor que todos los ultrajes, y una virtud que triunfa de las mas duras pruebas: ¡tan cierto es que las cosas no nos parecen bellas, laudables y sublimes sino por los esfuerzos mismos y por los sacrificios que exigen! Y si es esto mismo lo que forma el ca-

rácter del Evangelio, ¿no es tambien en lo que consiste su gloria?

Se quejan de los sacrificios que pide la virtud; y nada se dice de los que exigen las pasiones que muy frecuentemente son unas divinidades crueles, á quienes sus adoradores se ven precisados á sacrificar su felicidad, su reposo y aun su vida. ¿Qué no emprende el guerrero por lograr una gloria que se disipa como el humo, y que al cabo no ha de bajar con él al sepulcro? Ved al negociante codicioso arrostrar todos los peligros corriendo entre los escollos y tempestades de mares borrascosos, por buscar en el nuevo mundo unos bienes no ménos frágiles que los de nuestro hemisferio. ¿Qué vigiliass y qué fatigas no soporta el sabio por una reputacion siempre incierta! ¿Los placeres mismos carecen acaso de tedio y de disgustos? ¿no se oculta muchas veces bajo del brillo de las mas alegres diversiones un fondo inagotable de amargura y de tristeza? Hasta la moda es un tirano caprichoso, al que sus esclavos sacrifican algunas veces la salud lo mismo que la virtud.

Dejemos pues de vituperar la moral cristiana por los sacrificios que exige. La hemos vindicado suficientemente de los vanos ataques de la incredulidad; y solo nos resta someternos á la

santidad de sus leyes. ¿Y por qué medios podemos disculparnos con razon de nuestra rebelion contra ella? ¿Alegarémos la fuerza y la violencia de nuestras inclinaciones, como si no tuviésemos grandes motivos y armas poderosas para vencerlas? Es necesario considerar el cristianismo tal como es en todo su conjunto, con sus preceptos y sus divinos auxilios, sus rigores y sus consuelos, sus combates y sus esperanzas. No veamos al cristiano solamente luchando en la carrera, veámosle tambien recibiendo al fin de ella el premio de sus esfuerzos. El Epicúreo rinde las armas sin combatir, y nada teme tanto como el dolor: el Estoico no se apoya mas que en sí mismo, espera del cielo la salud, pero la sabiduría de solas sus fuerzas; y uno y otro caen en un exceso de debilidad ó de falsa grandeza. El cristiano padece y lo confiesa; tiene que sostener combates, pero no pelea solo; se reconoce débil, pero se apoya en la fuerza misma de Dios; y dirigiendo sus miradas al cielo, se anima a la vista de la corona inmortal que le aguarda.

Decis que vuestras pasiones son violentas; pues bien: es digno de un gran valor pelear contra enemigos poderosos: son leones que rugen al rededor de vosotros; pero sin cuyos ru-

gidos acaso os dormiriais en una fatal seguridad. Pasiones ménos vivas causarían estragos ménos perceptibles, pero acaso mas funestos. Hay cierta calma mas peligrosa que la tempestad. Teneis, decis, pasiones violentas; por lo mismo estoy inclinado á deciros: tanto mejor; esas mismas pasiones son obstáculos que pueden llegar á ser grandes medios para adquirir grandes virtudes. Saulo tenia todo el celo de un perseguidor que despues se convirtió en el celo de un apóstol. Agustin tenia un corazon abrasado del amor profano, y se enciende despues mucho mas vivamente en el amor divino. Javier llevaba en su alma el gérmen de una ambición inmensa, y despues llegó á ser el apóstol de las Indias. Vuestras pasiones son caballos fogosos, que abandonados á su impetuosidad natural, pueden arrastraros y precipitaros al abismo; pero conservad la calma del verdadero valor, tomad en la mano las riendas, dirigid, domad esos monstruos soberbios y los obligaréis á conducirlos triunfantes á las mansiones de la inmortalidad.